

# CAMINANDO CON Jesús HACIA Emaús

Horacio Martínez H.







# **Caminando con Jesús hacia Emaús**



Horacio Martínez H.

Martínez Herrera, Horacio

Caminando con Jesús hacia Emaús / Horacio Martínez Herrera. -- 1a. ed. --

Bogotá : Ecoe Ediciones, 2020.

192 p. -- (Interés general)

ISBN 978-958-771-920-8

1. Jesucristo 2. Cristianismo I. Título II. Serie

CDD: 232.3 ed. 23

CO-BoBN-

---



**Colección:** *Interés general*

**Área:** *Interés general*

**ECOE**  
**EDICIONES**



© Horacio Martínez H.

► Ecoe Ediciones Limitada  
info@ecoeediciones.com  
www.ecoeediciones.com  
Carrera 19 # 63C 32,  
Tel.: 248 14 49  
Bogotá, Colombia

Primera edición: Bogotá, abril del 2020

ISBN: 978-958-771-920-8

Directora editorial: Claudia Garay Castro  
Diagramación: Wilson Marulanda Muñoz  
Carátula: Wilson Marulanda Muñoz  
Impresión: Carvajal Soluciones de  
comunicación S.A.S  
Carrera 69 #15 -24

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

---

*Impreso y hecho en Colombia - Todos los derechos reservados*

# Tabla de contenido

1. Los Evangelios.....	1
2. Jesús considera a Dios su Padre.....	8
3. Jesús ama a los hombres como el Padre los ama .....	27
4. Jesús procede como Hijo igual al Padre .....	39
5. Humanismo de Jesús.....	52
6. El mundo ante Jesucristo.....	68
7. Jesucristo es la esencia del Cristianismo .....	78
8. El encuentro con Cristo.....	94
9. La devoción al Corazón de Jesús como amistad .....	124
10. Espiritualidad del Cuerpo Místico y devoción al Corazón de Jesús.....	152
11. Devoción al Corazón de Jesús y ortopraxis cristiana .....	177



# 1

## Los Evangelios

¿La nueva exégesis de los evangelios ha destruido la imagen de Jesucristo? Ciertamente ha socavado la imagen novelesca de muchas vidas de Jesús, pero ha puesto de relieve la realidad divino-humana de Jesús que se resiste a ser encasillada en moldes de simple héroe humano. Para hallar a Jesucristo en los Evangelios tenemos que examinar primero qué pretendieron transmitir sus autores a la posteridad.

Los evangelistas son miembros de la comunidad cristiana primitiva. Para ellos Jesús era una Persona viviente y actuante en su estado escatológico de resucitado. Al escribir lo Evangelios pretendieron penetrar en el misterio de la Persona viviente de Jesús resucitado a través de los actos y palabras de su vida terrestre. La vida de Jesús terrestre no tenía interés para ellos como sucesos del pasado, sino como fundamento de su acción salvífica actual.

Los Evangelistas tratan de profundizar en las relaciones que mantiene la primitiva comunidad con Cristo Resucitado. Siendo esta relación una relación de amor que adora, lo que les interesaba primordialmente era penetrar en el misterio de la dignidad personal de Jesús. Para lograr esta profundización en el misterio de la Persona de Jesús, los Evangelistas recurrieron a las acciones y palabras de Jesús durante su vida terrestre, que son signos y símbolos que nos conducen al misterio de su Persona.

Los Evangelistas se acercaron a la historia de Jesús con sus conocimientos adquiridos en la comunidad cristiana y con su opción de fe en Jesús. Por eso el hecho histórico nos llega en el Evangelio interpretado por cada Evangelista. Como por su fe los Evangelistas tenían unos “preconceptos pascales” sobre el misterio personal de Jesús, en las acciones-signos de Jesús histórico los proyectaron, logrando por este medio dar la máxima prolongación significativa a estas acciones-signos.



## ***El género literario “evangelio”***

Los fines pretendidos por los Evangelistas determinaron la creación de un género literario apto para expresarse: el género evangelio. En el género literario «evangelio» los hechos están intrínsecamente ligados a su interpretación: son opúsculos catequéticos que refieren una historia. Tienen una intención biográfica subyacente a la intención catequética.

El género “evangelio” difiere del género “narrativo”. En la narración lo importante es el suceso, mientras en el evangelio es el misterio de la persona y de la acción de Cristo. En el primero se trata de dar una versión objetiva de los hechos empleando las palabras en su sentido y valor representativo. En el segundo se trata de dar una versión profunda de la Persona de Jesús considerando sus acciones como signos de lo personal y empleando un lenguaje figurativo, único capaz de expresar lo personal-concreto. Por eso en los Evangelios no hay relatos en el sentido ordinario sino relatos catequéticos: narración de hechos con un sentido cristológico. Este sentido cristológico no sólo comprende el misterio personal del Verbo Encarnado, sino también la proyección salvífica del hecho.

La presentación del hecho doctrinal evangélico se parece más a la pintura que a la fotografía, al recuerdo que a la taquigrafía. Los autores o las tradiciones comunican puntos de vista sobre el hecho único. Dos vistas tomadas de un mismo objeto no se pueden recubrir cuando están tomadas en sentido contrario, sin embargo, reproducen el mismo objeto real.

¿La presentación catequética no habrá deformado los hechos de la vida de Jesús? Es cierto que a veces hay vestigios de alegorización, de aplicación a las necesidades de la Iglesia viva. Pero esto no significa deformación de las tradiciones originarias, pues es difícil por razón de la naturaleza de la comunidad: comunidad estructurada jerárquicamente con testigos encargados de transmitir sus recuerdos. Esto no significa que no haya habido transformaciones de los hechos para poner de relieve su sentido. Esto es lógico, puesto que la comunidad transmite también la inteligencia de los hechos brutos.

La tradición evangélica nos da datos subjetivos de Jesús de Nazaret. Esto se debe al testimonio “de lo bien visto” de testigos directos de su vida. Estos testigos, como dice Vincent Taylor, no se elevaron también al cielo en el día de la ascensión. Habían vivido con Jesús, recordaban y la primitiva comunidad cristiana se apegaba a su testimonio.

La misma sencillez de la narración y la indisoluble unión de la doctrina y del hecho convergen para mostrar que los Evangelios no son una especulación doctrinal, sino la atestación de un hecho.

### ***Los relatos de la infancia***

Para apreciar el valor histórico de un hecho evangélico hay que comprobar la clase de género literario empleado por el evangelista. Por ejemplo, el género de los relatos de la infancia no es idéntico al de las narraciones de la vida pública. Las narraciones de la infancia se distinguen por el uso que hacen de lo maravilloso y por el empleo de las Sagradas Escrituras.

Los relatos de la infancia son una historia de este mundo, pero donde lo invisible (sueños, ángeles) se mezcla continuamente con lo visible. El uso de la Sagrada Escritura, por ejemplo en el episodio de los magos, muestra que está escrito en un estilo que se parece al de los Midrashim, comentarios destinados a actualizar las escrituras. Mateo en la anunciación del ángel a San José se inspira en el género literario de las Anunciaciones Bíblicas y en su presentación inicial de Jesús emplea el género de la genealogías.

Mateo empleó estos diversos géneros literarios para poner de relieve un contenido cristológico: el drama del Mesías rechazado por su pueblo y recibido por un “resto” de Israel y por los gentiles; este Mesías es hijo de David y rey de Israel que viene como salvador de todas las naciones; El es la plenitud de la realización de todas las profecías y de la historia salvífica.

A través de esta presentación teológica, el historiador puede llegar, sin embargo, a la afirmación de los siguientes hechos reales: la concepción virginal, el nacimiento de Jesús, el rechazo que hizo el pueblo de Jesús Mesías. Pero más allá de la sustancia de los hechos, no se puede determinar la sucesión cronística de lo sucedido en la infancia de Jesús.

Como no hay hecho bruto sin interpretación en los Evangelios, no hay que preocuparse por la reconstrucción cronística de los hechos, sino detenerse en las perspectivas de cada evangelista que expresan el sentido del acontecimiento. La recopilación de estos sentidos múltiples es lo que nos permite alcanzar lo real de Cristo. “Una cierta idolatría de lo literal no sirve a la historia. Aunque se llegara a una reconstrucción exacta de las palabras de Jesús, aún no se tendría sin embargo, el sentido verdadero de estas palabras. Este sentido no puede delinarse más que después de dos

pasos: el primero consiste en buscar la roca del acontecimiento; y el segundo en comprender las interpretaciones dadas en la tradición” (Xavier León Dufour).

Los evangelistas no son biógrafos de Jesús. El orden de la narración no es el cronístico sino el literario-teológico. Ellos ordenaron los hechos y las palabras de Jesús según una intención teológica. Escribieron en vistas a una predicación, por lo cual el mensaje evangélico está condicionado por las necesidades y problemas en la comunidad primitiva. Por ejemplo, los evangelios acuden a las palabras y hechos de la infancia para explicar el rechazo de Jesús por parte de la mayoría del pueblo judío.

### ***El relato del bautismo***

En los relatos de la vida pública, también hay que distinguir el género literario empleado por el evangelista. El relato del bautismo, por ejemplo, está escrito en el estilo teofánico-apocalíptico del Antiguo Testamento, con el fin de expresar la interpretación dada por la primitiva comunidad a este hecho.

El relato del bautismo se centra en la teología del Hijo del Hombre que inaugura su carrera mesiánica. Jesús es el verdadero Siervo de Dios, en el cual Dios ha puesto sus complacencias y su espíritu. Lucas se sirve de la terminología primitiva de la fe concerniente a la filiación divina (Ps. 12,7), para mostrar la primera actividad mesiánica de Jesús sobre la tierra y su investidura de Hijo de Dios en la teofanía inaugural. El mismo Jesús, que después de la resurrección es llamado Hijo de Dios, Mesías glorificado, debe ser reconocido como tal a partir de la iniciación de su carrera mesiánica sobre la tierra.

A causa del carácter teofánico y apocalíptico del relato del bautismo de Jesús, no es posible deducir informaciones biográficas. Tampoco se capta la actitud personal de Jesús en ese momento ni se reconstruye su experiencia. El evangelista en este pasaje no habla del cuándo, dónde y cómo del suceso, sino que da el sentido cristológico del hecho y la profundización teológica del mismo, sin pretender hacer una crónica.

Como escribieron con una mentalidad teológica y no cronística, los evangelistas seleccionaron los hechos y dichos de Jesús que para ellos tenían sentido como revelación y acción salvífica. Para ellos lo definitivo e importante era el sentido que las acciones y las palabras de Jesús

habían adquirido por el hecho pascual de la resurrección. De aquí que los Evangelios contengan la vida terrestre de Jesús interpretada por la fe post-pascual de la comunidad primitiva. La transmisión de los hechos, por tanto, estuvo determinada por la profundización teológica adquirida después de Pascua. Cuando uno se aparta de lo literal y de lo cronístico, se descubren las perspectivas profundas de los evangelistas sobre los acontecimientos de la vida de Jesús. La tentativa de descubrir crónica objetiva consiste en interrogar los documentos evangélicos no según su género literario, sino contra su perspectiva. Quiere asistir a la película de los acontecimientos independientemente de su significado religioso.

### ***El relato de la transfiguración***

Igualmente en el relato de la transfiguración es imposible saber la crónica de los hechos, porque allí también el evangelista emplea el estilo apocalíptico y teofánico. ¿Qué sucedió en la transfiguración? Es imposible determinar los sucesos. Parece lo más probable suponer que tres discípulos en una montaña tuvieron una experiencia de carácter místico, en la cual adquirieron conciencia de la preexistencia divina de Jesús, aunque El aparecía bajo la forma de Siervo de Yahvé. Esta experiencia es objetiva y real, aunque pudo ser interior y no visible.

Confirma esto el estilo del relato que emplea formas de expresión de la literatura bíblica y recursos imaginativos propios para expresar experiencias reales pero interiores. No es lo principal los recursos que emplea el Evangelista en la elaboración de su relato sino la afirmación que quiere dar. La afirmación del Evangelista en el relato de la transfiguración es cristológica: la preexistencia divina de Jesús, aún bajo su forma de Siervo de Yahvé. El relato quiere quitar a los cristianos el escándalo de su muerte, pues muestra a Jesús poseyendo desde antes de su muerte su Divinidad: Cristo era Dios desde antes de su muerte; Cristo marchó a la muerte en posesión de su Divinidad. La fe en la divinidad de Cristo, anterior a su resurrección, lleva a este relato apocalíptico.

La transfiguración es una cristofanía: ella revela el ser misterioso de Jesús. Al principio de su misterio, Jesús había sido conducido por el diablo a una montaña muy elevada. El había entonces rehusado caer a los pies del Tentador para obtener un poder que sólo Dios puede dar (Mt. 4, 8-10). A este acto de fidelidad inicial hacia Dios, responde hoy la voz celeste sobre la montaña de la transfiguración, proclamando en este hombre al Hijo

preexistente, ella acredita la enseñanza nueva sobre el destino que Dios ha escogido para su servidor: no los caminos del poder terrestre, sino la vía de la gloria celeste por la humillación.

La palabra celeste en la montaña quiere enseñar que Jesús es el Hijo en quien Dios se complace y el Siervo anunciado por Isaías y que por lo tanto hay que escucharlo como al Profeta por excelencia.

### ***El relato de la tempestad***

La formulación catequética del relato de la tempestad calmada también hace imposible llegar a establecer con certeza la naturaleza de los sucesos y llegar a dar un juicio sobre la realidad histórica de los detalles. Los detalles por sí mismos, desgajados del contexto vivo que los transmite, apenas sí tienen significado; insertos en él se hacen indispensables para captar el conjunto del pasaje. So pretexto de que los pasajes evangélicos no son de tipo biográfico, no se pueden despreciar los detalles pues son indispensables para comprender el significado del relato. La diferencia de los detalles cambia en cada evangelista el significado del relato de la tempestad.

En el relato de la tempestad de Marcos el poder cósmico de Jesús y su comportamiento sorprendente suscitan una interrogación sobre su persona. La divina majestad -sólo Dios puede ordenar al mar según los judíos- se transparenta a través del gesto de Jesús, que es un gesto divino. El relato no dice expresamente que Jesús sea Dios, sino que deja la mirada interrogante fija en el gesto divino de Jesús. El reproche que Jesús dirige a los discípulos atemorizados por la tempestad es una acusación que Jesús les lanza por la falta de fe en su persona. También el sueño de Jesús invita a los discípulos atemorizados a descubrir la presencia de Aquel que todo lo puede. Así el episodio es contado por Marcos como una manifestación cristológica que nos abre hacia la identidad divina de Jesús. Lucas acentúa el carácter sagrado del temor de los discípulos que se transforma luego en maravillosa admiración. Según el contexto de la tempestad de Mateo hay que seguir a Jesús sin miedo, incondicionalmente, como a Alguien que es más que hombre, pues tiene unas exigencias divinas. Hay que seguir a Jesús no con poca fe sino con una confianza total en El. Este relato según Mateo exhorta a permanecer en la “nave de la Iglesia” confiados en Jesús, como en Dios mismo.

## *El centro de los Evangelios*

Todas las unidades de la tradición evangélica enfocan y convergen en Jesús, Hijo de Dios venido para salvar a los hombres afrontando voluntariamente la muerte y resucitando. La tradición multiforme se recapitula en el misterio de Jesús. Esta convergencia invita a ver algo más que la expresión de una experiencia religiosa, a reconocer la atestación de un hecho. A través del Cristo de la fe de los Evangelios se alcanza al Jesús de la historia, porque racionalmente descubre en el mundo de fe de la comunidad primitiva, cuya objetivación son los Evangelios, la presencia de un hecho histórico: Jesús de Nazaret. El hecho de Jesús es presentado como una vida: es imposible separar el mensaje evangélico de la vida del Hombre Dios que muere para salvar a los hombres. El análisis de las diferentes lecturas de la tradición nos conducen a Jesús de Nazaret como a su fuente.

La persona de Jesús se descubre como el centro de perspectiva que unifica los datos diversos de la tradición. Pero la persona de Jesús en el momento en que caemos en cuenta que El es el todo en los Evangelios al mismo tiempo nos deslumbra y nos hace comprender que es un misterio que se nos escapa y en el cual no hemos penetrado suficientemente. El ser de Jesús no se deja reducir a un objeto que el pensamiento humano pueda manejar. Jesús se deja encontrar, pero como misterio insondable, El es descubierto, pero como un más allá de este suceso. El suceso en definitiva es Jesús mismo: Jesús que viene a nosotros como una pregunta: “Y vosotros quién decís que soy yo?”.

Lo esencial es el Evangelio de Jesús. La vida de Jesús no puede reducirse al marco de una vida ordinaria, inteligible como otra cualquiera, porque literariamente es presentada como un Evangelio, es decir como el anuncio de una buena nueva que plantea una cuestión al que la oye proclamar. Por eso la plena inteligencia de Jesús está reservada al creyente que comulga en la fe de los primeros cristianos que transmitían el hecho de Jesús. “Los Evangelios son la única vida de Jesucristo que se puede escribir. Hay que tratar de comprenderlos lo mejor posible” (M. Jn. Lagrange).

## 2

# Jesús considera a Dios su Padre

### *Jesús vive en comunión con el Padre*

Toda persona tiene una actitud ante Dios. ¿Cuál es la actitud de Jesús ante Dios? El análisis de las relaciones de Jesús con Dios nos llevan a la conciencia que tiene Jesús de ser el Hijo único y predilecto del Padre.

Jesús se siente el Hijo único y predilecto del Padre: “Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo” (Jn. 11,41). En el momento del bautismo en el Jordán se había oído la voz del Padre que atestiguaba: “Este es mi Hijo amado en quien he puesto todas mis complacencias” (Mc 1, 11). Jesús es el Hijo en comunión de vida con el Padre: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo” (Mt. 11, 27). Jesús con estas palabras se pone sobre la esfera de lo creado en el grado de Dios.

El centro de la existencia de Jesús es el Padre. Su mundo, su vida, su realidad era el Padre: “Yo no estoy solo, porque mi Padre está conmigo” (Jn. 16, 32). “Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió” (Jn. 4, 34).

Los Evangelistas no subrayan nada con tanta frecuencia, ni con tan tanta precisión y fuerza como el amor ardiente de Jesús a su Padre. Su amor filial al Padre resuena en todas sus palabras, resplandece en todos sus actos. Se le siente palpar en las descripciones que acá y allá hace de Dios, a quien se complace en presentar como el mejor y más misericordioso de los padres (Mt. 5, 45). La primera (Lc. 2, 49) y la última palabra (Lc. 23, 46) que nos traen los Evangelistas como pronunciadas por Jesús en su vida mortal, son una aspiración hacia su Padre.

La entrega de Jesús al Padre es confiada y tranquila : “Padre, gracias te doy porque me oíste. Yo ya sabía que siempre me oyes”(Jn. 11,41). Esta confianza absoluta en su Padre le daba un optimismo y alegría infinitos (Mt. 26, 53).

¡Cómo salta de gozo infinito al ver la Providencia de su Padre! «En aquella sazón, tomando Jesús la palabra, dijo: “Te bendigo, Padre, Señor del cielo

y de la tierra, porque encubriste estas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos. Bien, Padre, que así pareció bien a tu acatamiento”(Mt 11,25-26).

Jesús se declara explícitamente Hijo de Dios. Cuando habla del fin del mundo, se presenta como Juez supremo superior a los ángeles y como el Hijo de Dios: “Entonces verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes con gran poder y majestad. Enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos.... El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Cuanto a ese día o a esa noche, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (Mc. 13, 26-32). En la parábola de los viñadores (Mc. 12, 1-12), Jesús se presenta como Hijo de Dios y Señor de la viña de Israel. Se presenta como Señor de David (Mc. 12, 36-37). Llama a Dios su Padre en un sentido propio, distinguiéndolo del sentido en que pueden llamarse los demás hombres: “Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Jn. 20, 17). Jesús se declara abiertamente Hijo de Dios en el Sanhedrín: “El Pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo, dinos si eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le respondió: Tú lo has dicho. Y os digo que un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. Entonces el Pontífice rasgó sus vestiduras diciendo: Ha blasfemado” (Mt. 26, 63-65). Jesús aquí se declara igual a Dios y por eso le dicen que ha blasfemado y lo condenan a muerte. Jesús fue condenado a muerte por creerse Hijo de Dios en sentido propio. ¿Será necesaria una prueba más clara de la conciencia que tenía Jesús de vivir en comunión de vida con el Padre?

### ***El amor de Jesús a su Padre***

Su mundo, su vida, su realidad era el Padre. “Yo no estoy solo, porque mi Padre está conmigo” (Jn. 16, 32). “Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió” (Jn. 4,34).

Los evangelistas no subrayan nada con tanta frecuencia, ni con tanta precisión y fuerza como el amor ardiente de Jesús a su Padre celestial. La primera y la última palabra que nos traen de las pronunciadas en su vida mortal son una aspiración hacia su Padre: “No sabíais que debo estar en las cosas de mi Padre” (Lc. 2,49). “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23,46). En su predicación el nombre de su Padre se le caía



continuamente de sus labios y, por ejemplo, en el sermón de la Montaña lo repite diecisiete veces.

Ante todo el amor de Jesús era un sentimiento filial, de poder y suavidad indecible. Su amor filial al Padre resuena en todas sus palabras, resplandece en todos sus actos. Se le siente palpar en las descripciones que acá y allá hace de Dios, a quien se complace en representar como el mejor y más misericordioso de los Padres (Cfr. Mt. 5,45; 6, 4, 6, 18, 26-33; Lc, 29-32; 11, 25; 18, 10,14).

Jesús se siente Hijo único y predilecto del Padre: “Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias” (Mt. 17,5); “Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo” (Jn. 17,1). De este amor brotaba la unión íntima de Jesús con su Padre y la entrega confiada en sus manos. Jesús tenía conciencia de su unión, íntima con Dios y de la comunidad de vida entre Él y su Padre. Por eso Él ora de esta manera única: “Padre mío”. Así la oración de Jesús es, en lo más profundo, una conciencia perenne de la más íntima comunión de amor y de vida con el Padre, la manifestación constante de la más delicada unión con Dios.

Cuando ora se retira al monte solo, lejos de los hombres con su Padre. En lo profundo de su alma existía un santo de los santos donde solo entraba su Padre. Al leer el Evangelio se tiene la impresión real de que Jesús vivía en total soledad de lo humano. “Únicamente con el Padre se siente acompañado, porque lleva con Él la más fecunda de las vidas en común. Su oración no es más que un nuevo punto de contacto con el Padre, una feliz necesidad de dar reposo, de fundir la soledad de su “Yo” en el Padre.

La entrega de Jesús al Padre es confiada y tranquila: “Padre, gracias te doy porque me oíste. Yo ya sabía que siempre me oyes” (Jn. 11,41). Parecía que su Padre le había abandonado, y apenas habían exhalado sus labios aquel doloroso lamento; “¿Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?” (Mt. 27,46), añade con dulzura: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23, 46). Con qué confianza y seguridad Jesús se abandona a sí mismo en los brazos paternos de Dios (Mt. 7,7; Lc. 11,12), y enseña repetidas veces que lo mismo hagamos nosotros, porque no nos va a dar escorpiones y nos alimentará solícitamente como a los pajarillos. Esta confianza absoluta de Jesús en su Padre le daba un optimismo y alegría infinitos (Mt. 26, 53).

La Providencia de su Padre cómo le hacía saltar el alma de gozo: “En aquella sazón, tomando Jesús la palabra, dijo: “Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque encubriste esas cosas a los sabios y prudentes y las descubriste a los pequeñuelos. Bien, Padre, que así pareció bien a tu acatamiento” (Mt. 11, 25-26).

### ***La gloria del Padre***

En Jesús ardía una pasión santa: la gloria del Padre: “Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que tú me has encomendado hacer” (Jn. 17,4). Jesús durante toda su vida estuvo únicamente consagrado al servicio de los intereses de su Padre. Vivía exclusivamente para la misión que le había confiado: realizar hasta el último detalle la misión recibida del Padre era toda su aspiración: “todo está consumado”.

Su preocupación fue glorificar al Padre (Jn. 14, 13 y 31), principalmente por medio de la predicación y estuvo durante tres años anunciando el Reino de Dios. He aquí un resumen de sus actividades: “y discurría Jesús por toda la Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo” (Mt. 4, 23). Esta actitud de servicio y glorificación del Padre aparece en los santos Evangelios desde el primer momento: “¿No sabías que debo estar en las cosas de mi Padre?” (Lc. 2, 49). Largas correrías, días enteros predicando y curando sin descansar ni comer, paciencia infinita en formar a los primeros fieles del Reino de Dios, su muerte en la Cruz, fueron la expresión de sus deseos ardientes de glorificar a su Padre.

### ***La manera de orar expresa esta comunión***

Los Evangelios describen unánimemente la vida terrena de Jesús como una vida de oración. Su actividad apostólica estaba alimentada por noches de oración; sus milagros los consideraba como frutos de su oración (Jn. 11,41); toda la Pasión estuvo bajo el signo de la oración (Mt. 27,46). Jesús tenía conciencia de su unión íntima con Dios y de la comunidad de vida entre El y su Padre. Por eso él ora de esta manera única: “Padre mío”. Así la oración de Jesús es, en lo más profundo, una conciencia perenne de la más íntima comunión de amor y de vida con el Padre, la manifestación constante de la más delicada unión con Dios.

La oración de Jesús era un vivir en la plenitud de su unión con el Padre. Su oración tiene el sentido de continuar en su naturaleza humana su oración eterna al Padre. Las oraciones de Jesús que nos traen los Evangelios son sencillas, breves y concisas al modo de aspiraciones de su alma: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas” (Jn. 11,42). Las oraciones de Jesús parecen pedazos de un coloquio continuo y eterno con el Padre. Su oración es la súplica confiada de un Hijo a su Padre. La oración de Jesús no podía ser una súplica angustiosa, sin esperanza, porque sabía que su Padre le amaba. Sus súplicas no son un grito de impotencia. Al contrario, sabe que siempre e infaliblemente es oído: “Padre, quiero que aquellos que me has dado permanezcan siempre conmigo” (Jn. 17, 24). Sus súplicas son confiadas, porque sabe que serán escuchadas.

Su vida de oración es discreta, de una discreción que podemos llamar pudor viril: cuando ora se retira al monte solo, lejos de los hombres con su Padre. Cuando Jesús ora lo hace con la soledad y el recogimiento plenos del misterio del Hijo. En lo profundo de su alma existía un santo de los santos donde sólo entraba su Padre. Al leer el Evangelio se tiene la impresión real de que Jesús vivía en total soledad de lo humano. Únicamente con el Padre se siente pleno, porque lleva con El la más fecunda de las vidas en común. Su oración no es más que un punto de contacto con el Padre, una feliz necesidad de dar reposo y de fundir la soledad de su “Yo” con el Padre. Muestra de su amor al Padre y de su confianza total y filial en Él, son las oraciones tuyas que nos conserva el santo Evangelio (Lc. 3,21; 6,12; 9,18; 11,1; 22,41-46; 23,34,46; Mc. 1,35; Jn. 11, 41-42; 17, 1-26).

Toda la oración de Jesús gira únicamente en torno de la voluntad de Dios, del honor y de la gloria del Padre, por esto sus oraciones son preferentemente de acción de gracias (Mt 11,25). La oración de Jesús es subordinación consciente de su voluntad a la del Padre, entrega incondicional a la misma. No es blanda y sentimental. Precisamente por encaminarse únicamente hacia la voluntad activa, creadora de Dios, es la oración de Jesús un “querer obrar” al servicio de Dios, no un plañir y desear estéril que no da cosecha. Es un querer activo: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieras” (Mc. 14, 36). El contenido propio de la oración de Jesús no es más que esto: Dios, su voluntad, su reino.

Por eso las oraciones impetratorias de Jesús se refieren casi exclusivamente a la gloria del Padre y a la consolidación del Reino. Jesús nunca

invocó al Padre por algo personal, fuera de la oración en el Huerto. En la primera y segunda tentación rechazó explícitamente tal súplica. Si inmediatamente antes de su muerte hizo esta súplica: “Padre, la hora es llegada, glorifica a tu Hijo”, aun esto tenía que servir a la glorificación del Padre: “para que tu Hijo te glorifique a ti” (Jn. 17, 1). Jesús ruega por los demás: por San Pedro, para que no vacile su fe (Lc. 22, 32); por los discípulos (Jn. 17,24).

Otra característica de la oración de Jesús es que está libre de toda conciencia de culpabilidad. En labios de Jesús jamás afloran sentimientos de arrepentimiento o súplicas de perdón. Por eso un Dios puede orar como oró Jesús.

Nadie ha orado como Jesús. ¡Cuán recogida y piadosamente debía orar Jesús, que San Pablo nos habla de su reverencia al orar! (Hebr. 5, 7). Y uno de sus discípulos al verlo orar quiso que le enseñara a orar (Lc. 11, 1). “Jesús da comienzo, en toda la realidad de la palabra, a una era nueva desde el punto de vista de la oración interior” (Heiler). “Jesús fue el primero que introdujo la oración interior en su sentido más personal” (Soederblom). “Jesús es el hombre de oración más intensa que conoce la historia” (Wernlne). La oración de Jesús en el huerto de los olivos constituye “la expresión más profunda religiosa que se haya pronunciado jamás” (Hoeffding).

### ***Jesús realiza la misión encomendada por el Padre***

*Jesús es el Enviado del Padre para salvar al mundo*

Jesús desde el comienzo se consideró a sí mismo y se afirmó ante el pueblo como el Mesías o Enviado de Dios para instaurar el reino de Dios. Es falso que haya habido un proceso evolutivo en la conciencia mesiánica de Jesús, como afirmaban los racionalistas. La conciencia mesiánica de Jesús es totalmente original e independiente de la expectación mesiánica de su tiempo.

La conciencia mesiánica y su sentimiento de filiación divina aparecen en Jesús como algo connatural e innato a su Persona. Ya desde niño la manifestó (Lc. 2, 49). Desde el principio actúa y habla con la conciencia plena mesiánica: así se atribuye en la sinagoga el texto de Isaías: “El Espíritu Santo está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de